

Capitulo Final

- *Una cerveza... sí, una cerveza en lata, bien fría y... nada más.*



El mozo se alejó. Él, se acomodó en la silla y trató de relajarse. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa, acompañando el ritmo de la música de fondo. Se sentía angustiado y presentía que algo especial iba a pasar.

Hubiese querido estar de pie y no sentado, o estar corriendo, acostado, cabeza abajo en un alto edificio o en el fondo de una gruta subterránea; volando libre o cayendo, mientras el aire le diese en la cara y lo fuese consolando, como caricia de mujer en momentos de angustia.

No quería equilibrio y paz en torno a él. Quería no pensar. No quería nada que no fuese peligro, temor, aventura. Quería la paz, pero viviendo en torbellino. Quería sentirse naciendo, mientras se fuera destruyendo. Quería darse cuenta que existía, al ir dejando paulatinamente de existir.

Tal revuelo desfilaba por su mente. Su cuerpo en rígida postura, con los pies extendidos y la cabeza atrás, mostraba el sufrimiento que latía en ese hombre.

El mozo regresó y abrió el envase; lo vertió lentamente en la pared de vidrio de la copa, hasta que llena por un manto de espuma, sus burbujas nacían y morían, nacían y morían... mientras vomitaban un minúsculo gas al explotar, eyaculando sus ganas de vivir y contagiándole alegría, a la fría pared del vaso que las aprisionaba.

Cuando el mozo se fue, tomó entre sus dedos la copa y se sonrió por el aspecto a orina; la cerveza amarilla y burbujeante se derramaba a los costados como lágrima de espuma, como torrente de lava que escupe su mensaje de muerte y destrucción.

Sorbió lentamente el contenido, picándole en su garganta el flujo helado, saboreando entre la lengua y su cerebro la líquida cerveza. Angustia. Momentáneo placer, y luego más angustia todavía. *¿Y por qué?*

Dejó la copa y la miró. En un sorbo tomó todo, y ya nada más quedó. O mejor, algunas gotas adheridas a la pared, testimoniaban en silencio hasta qué altura habían llegado.

¿Por qué y para qué vivimos? Eterna pregunta que hizo el hombre. Cruel pregunta que lo martirizaba como un hacha. Sumábase angustia, miedo, dolor, vacío... Hasta piensa uno en matarse, se había dicho. Sí, uno lo piensa. Lo piensa muchas veces. Pero ahí se queda.

Siempre existe esa esperanza que nace como un hilo, crece y se hace grande como sogas salvadora, que nos eleva hasta el olvido de ese loco pensamiento. Muchas veces pensó así y tal vez ésta, fuera una más. Todo volvería a continuar.

Tomó la lata de cerveza entre sus manos. Clavó sus dedos en el cilindro hueco. Doblado y arrugado quedó vencido ante su fuerza. Sus paredes opuestas llegaron a tocarse. Retorcido, ofrecía una actitud grotesca, como flor marchita que se cae, dirigiendo implorante su cabeza hacia la tierra.

Su mundo interior vibraba, pero sin un rumbo donde canalizar el impetuoso torrente. Sin metas, hacia donde pensar ir. Era un tiempo a paso lento, que al recordarlo le parecía sucedido en un instante.

Cansancio, agotamiento y desesperación. Precios enormes que paga el difícil trabajo de hacer nada; vil yugo que carcome más y más, cuanto más extendido está en el tiempo; Faena parásita que absorbe y sume al hombre en el nihilismo; Madre de vicios y pasiones negativas; enfermo es el que lo sufre, pero sufrimiento que nadie comprende.

Sus ojos se cruzaron con los de unos muchachotes, que burlonamente lo miraban. O por lo menos, él estaba convencido que esas miradas y susurros, se alimentaban de su apariencia de borracho. No importaba. O por lo menos, buscaba no importarle.

Su vientre estaba distendido a causa de sus nervios. Se palpó la vesícula y algo más en la boca del estómago; un dolor agudo y profundo contestó. Así, su cuerpo era piel viva en la cual se abatía el látigo del auto castigo.

- *¿Pero, castigo de qué? Gran puta, si hubiese hecho mal o me hubiese metido en la vida de alguien o hinchado las pelotas.*

Golpeó violentamente la mesa con el puño y el bar entero se dio vuelta a contemplarlo. Sintió vergüenza y comenzó a ponerse colorado.

Una voz de mujer lo sorprendió:

- *Buenas tardes, señor, nuestra empresa se complace en ofrecerle artículos de insuperable calidad a bajo precio, como estas confortables y elegantes medias, en tres no menos elegantes colores: negras, marrones y azules; son para vestir, para pasear y para todo andar. Tres pares a solo cuatro con noventa y nueve. Y como si todo esto fuera poco, un hermoso peine de regalo, ah... y por ser usted...*
- *¡Basta! Acábala... o acábela... termínela, señorita.*
- *Señor, yo...*
- *Si, ya sé, disculpe, estoy nervioso y no quise ofenderla. Uno anda con problemas y se vuelve egoísta; si te hablan de algo que mucho no interesa,*

explotas... pero perdóname, siéntate, se te ve cansada, come y toma algo conmigo, por favor...

- *Si, lo comprendo, hace un mes que estoy en esto y también estoy nerviosa. Gano lo suficiente para mantenerme, pero me mata pregonar artículos masculinos en estos bares, donde entre sonrisas y miradas sugestivas te compran esperando les aflojes otros lados. Serpientes y estirpe de víboras, me parecen los hombres muchas veces...*
- *¿Cómo te llamas?*
- *¿Gabriela, por qué?*
- *Por preguntar. Ya que compartimos la mesa, es lindo conocernos en algo. Me llamo Carlos.*
- *¿Carlos?! Tuve un hermano con ese nombre. Murió a los ocho años, de Rabia. Su mascota lo mordió y no avisó, para que no se la sacaran. Su agonía y muerte, resultaron espantosas. Aun recuerdo como murió, pidiendo a mamá y papá que se casaran...*
- *¿De dónde sos, Gabriela?*
- *De Rosario. Vivía con mi abuela y tres hermanas.*
- *¿Y hace mucho que estás en Buenos Aires?*
- *Sí ¿Por qué tantas preguntas? ¿Sos policía? Oh, perdóname ahora a mi, Carlos. No sé, me resultas confiable, familiar. Detrás de tus ojeras, de tu pelo revuelto y la ropa arrugada, un sexto sentido me dice que sos alguien en quien puedo confiar, que no me harías mal. No conozco demasiado de los hombres, salvo la desconfianza que ahora les tengo; pero vos me pareces distinto, aunque haga segundos que te conozco.*
- *Soy médico...*
- *Es probable ¿Pero qué pasó en tu vida, te separaste de tu mujer? ¿Te peleaste? ¿Por qué estas así?*
- *No, no estoy casado. Estoy separado. Hace rato tuve esa herida, muy brava de sobrellevar, pero hoy pertenece al pasado amargo, que es necesario olvidar.*
- *Sí, es necesario olvidar, elaborar el duelo como dijo alguien. Uno intenta mentalmente, pero vivirlo es terrible: es la muerte de un proyecto de vida al que te habías subido.*

- *Vos también intuyo que sos culta. Una simple vendedora provinciana no hubiese ahondado tan rápido una conversación; pero allí viene el mozo, pedí lo que te agrada, te invito... si lo permitís.*

Ella sonrió, hizo su pedido y el mozo se marchó. Él sintió que volvía a ser. Se sintió el hombre, el caballero del grupo. Hubiese querido estar más presentable, la ropa limpia, su cara y cabello reacondicionados. La escuchaba hablar sonriéndose, y por dentro quería ser digno de gozar de su hermosura.

Pasaron horas charlando. Se miraron como viejos amigos, como humanos que cimientan amistad al reconocerse uno en el otro. En sus vidas, en esencia, habían tenido los mismos enemigos. Cada uno se sentía mejor. Habían hablado de yo a yo. Sentían un futuro que se abría, y algo les decía íntimamente que el otro ocuparía una parte importante de su vida.

Comieron, charlaron, rieron. Dejaron de lado algunos temas al ver que no se ponían de acuerdo, y por sobre todo se escucharon...

Al final, simplemente irradiaban alegría, pletóricos de dicha, como cualquier mortal, soñando el porvenir que le abriría el otro. Todas sus fantasías neuróticas se proyectaban en el otro, maravillosamente.

Amigos. Muy amigos y más que amigos, salieron del bar a caminar. Siempre, detrás de la violencia... surgen con fuerza arrolladora la vida y la esperanza.

Tres meses después:

- *¿Sabías que no me indispuse?*
- *¡¿Estás embarazada?!*
- *Y... creo que no, pero...*